

R.F.S. 181





" EL CARILLON DE BRUJAS "



Leyenda lírica en dos actos,
el segundo dividido en tres
cuadros; en verso y original.

R E P A R T O

+++++

PERSONAJES

ACTORES

MARGARITA.....

MINNA.....

LA BRUJA.....

VOZ de la VENDEDORA DE FLORES.

ALBERTO.....

FRITZ.....

LUDGARDO.....

HANS GÜELDEN.....

EL ABUELO.....

FRANZ.....

MOZALBETE 1º.....

IDEM 2º.....

LEONARDO, el Gran Maestro de los Aquelarres.

BRUJAS DEL AQUELARRE, SAPOS, GATOS, LECHUZAS y BHUOS,

MUJERES Y HOMBRES DEL PUEBLO

- - - - -

La acción en la Ciudad de Brujas y sus alrededores, a mediados del siglo XVII.

Derecha e izquierda las de la actriz.

ACTO PRIMERO

+++++

Una plaza en la Ciudad de Brujas (Flandes).
Al fondo, la edificación donde está instalada el Carrillón de la Ciudad, cuyas grotescas figuras de hombres y mujeres desfilan, montados en una plataforma circular a la altura del segundo piso, entrando y saliendo en la pared.

En su planta baja, a la izqda, puerta practicable; a su derecha, amplio ventanal rasgado, cuyas vidrieras emplomadas abren al interior, con cortinillas blancas.

(Este interior es el que se explica para el decorado del último cuadro de la obra)

Entre la puerta y el ventanal, un banco de piedra adosado a la pared.

En el lateral de la izqda, la Cerveceria de **FRANZ**, abre sus puertas bajo soportales, doblando en esquina para formar la calle del foro.

En el lateral de la derecha, las puertas de la Joyeria de **FRITZ** se abren en la misma forma que las de la cerveceria ya indicada.

Es una mañana clara y alegre que hace vibrar los colores gris y amarillo que presiden la entonación de los edificios.

MUSICA.

.....



(Al levantarse el telón, Margarita hila en la rueda tras el ventanal del foro. Es una muchacha joven y bella, a quien la tristeza que hay en su rostro

quizás la haga parecer más hermosa. MINNA, su prima, también joven y agraciada, pero con mucha alegría pintada en su semblante, sentada en el banco cerca del ventanal, hace encaje de bolillos en la almohadilla y bastidor sobre la falda. Bajo los soportales de la cervecería, dos o tres meses, en una de las cuales varios jarros vacíos de cerveza demuestran lo que han bebido HANS GUELLEN que, sentado ante ella, es servido solícitamente por FRANZ el cervecero)

HANS.-

¡Buena cerveza la tuya!

Ya quisiera en mi Hostería,
tenerla tan abundante
y tan fría.

¡Otro jarro, por favor;
otro jarro, amigo Franz!

FRANZ.-

¡Si con éste ya van diez!

HANS.-

(Le hace un gesto de suficiencia)

FRANZ.-

Al instante, señor Hans.

MARGARITA.-

(Suspirando)

La luz del sol resplandece
e inunda de vida el día;
pero en mi pecho parece
que no hay más que la agonía
mia.

MINNA.-

Calla, Margarita,

¡tanto suspirar!...

Eso es un pecado
venial.

MARGARITA.- Si el querer a una madre
fuese pecado,
todo el mundo estaría
de ellos sembrado.
¡Madrecita del alma!
Nunca te olvido.

MINNA.- Mira bien, que la ruela
se te ha torcido.

(Sale FRITZ, el joyero, de su
casa, y se acerca a la mesa
de Hans en la cervecería)

FRITZ.-

(A Hans, que bebe)

Que aproveche, amigo Hans.

HANS.- ¿Vos gustáis, amigo Fritz?

FRANZ.- ¿Quiere un jarro?.

FRITZ.- Hola Franz.

FRANZ.- Está fresca.

FRITZ.- ¿Fresca? ¡Si!

La cerveza y la mujer,
la mujer y la cerveza
son mejores cuando están
las dos frescas!

HANS.- Yo prefiero la cerveza.

FRITZ.- No sea tonto; ¡la mujer!

HANS.- Yo prefiero la cerveza

porque causa menos daño
¡ si se sube a la cabeza!

FRITZ y
FRANZ.- ¡Ja, ja, ja!.

MARGARITA.- La estrella que yo anhelaba
muriose al nacer el día;
la madre que tanto amaba
se ha llevado la alegría
mia!

MINNA.- ¡Calla, Margarita!
calla por favor!
Porque no me sale
la labor.

FRITZ.- (Acercándose a Minna, con un
jarro de cerveza en la mano.
Hans y Franz le siguen con la
vista, riendo entre ellos)

Minna bonita
di a Margarita
que te permita
besar aquí.

(Señalando el borde del jarro
que lleva)

MINNA.- (Viéndole llegar, y a Margari-
ta)

Con tu permiso.
(A él)

Yo en ese guiso
no me intromiso
ni tanto así.

FRITZ.- Dime por qué.

MINNA.- Pues ^{por} que nó.

HANS y
FRANZ.- ¡Se ha equivocado,
no le ha aceptado;
le ha despreciado!
¡Ja, ja, ja!

FRITZ.- Minna preciosa
tus labios posa
porque una rosa
quiero beber.

MINNA.- Si a su cabeza
ya la cerveza
a subir empieza
no beba usted.

HANS y
FRANZ.- ¡Ja, ja, ja, ja!
MINNA.- No beba usted...

HANS y
FRANZ.- Ja, ja, ja, ja!
MINNA.- Porque a su edad...

HANS y
FRANZ.- ¡Ja, ja, ja, ja!
MINNA.- Sus amigotes...
¡se le reirán!....

(Ellos se quedan serios)

FRITZ.- ¡Ja, ja, ja, ja!
MINNA.- ¡Ja, ja, ja, ja!
Si a su cabeza
ya la cerveza

a subir empieza
¡no beba usted!.

FRITZ.-

Ninna preciosa
tus labios posa
porque una rosa
quiero beber.

HANS y
FRITZ.-

Se ha equivocado
no le ha aceptado
le ha despreciado.
¡Ja, ja, ja, ja!

(Franz y Hans rien y beben de nuevo en la mesa. Fritz y Minna en el centro de la escena continúan su discusión y en el fondo Margarita parece una llama encendida en medio de un rayo de sol)

H A B L A D O

MINNA.-

(A Fritz)

¡No os empeñéis!, que no bebo.

FRITZ.-

No es necesario que bebas,
bastará con que tus labios
roces solo la cerveza.

MINNA.-

¡Vaya un capricho!.

FRITZ:/

Anda, bebe!

Si es sólo por una apuesta.

HANS.-

(Riendo a Franz)

¡Que no bebe, que no bebe!

FRITZ.-

(A ella)

Conseguirás que la pierda.

MINNA.- Pues por mi, podéis perder
aunque sea la cabeza.

FRITZ.- (En secreto)

Esa la tengo perdida
por ti, aunque no lo parezca.

MONNA.- (Riéndose)

Señor Fritz, ¿que culpa tengo
si la pierde y no la encuentra?
Avisa al Burgomaestre
para que mire por ella.
Además, ya vos sabéis
que a Ludgardo hice promesa
de amor y fidelidad,
y no sería de honesta
ser cortejada por él
mientras que otro me corteja.

FRIZT.- ¡Ludgardo es un animal
más tonto que lo que pesa!
En cambio yo...

MINNA.- ¡Vos pesáis
más que Ludgardo y su abuela!

HANS.- (Como antes)

¡Que no bebe, que no bebe!

FRANZ.- (En broma)

Señor Fritz, ¿queréis cerveza?

FRITZ.- ¡Quiero...un demonio!

FRANZ.- No tengo

de esa marca en mi bodega.

(Hans no hace más que reir y beber)

MINNA.- Asi es que si no queréis
más de mí, mi prima espera.
Y además que tengo miedo
si Ludgardo se presenta.

(Minna inicia el mutis hacia el foro)

FRITZ.- Oye, escucha; si algún día
tu Ludgardo se te enferma,
me lo dices para que
sea yo quien te lo atienda.
Verás qué bien te lo pongo
para siempre... ¡bajo tierra!

MINNA.- ¿Y seriais vos capaz?.

FRITZ.- Si tú quieres...

MINNA.- ¡A la inversa!

(Entra en la casa y se la ve llegar a Margarita, a quien besa, haciendo mutis luego al interior. Margarita continúa en su labor que no ha dejado mas que para supirar tristemente. Fritz ve marchar a Minna, empina el jarro y se bebe la cerveza de un solo trago)

FRITZ.- A tu salud. ¡Ay, que chica!

HANS.- Señor Fritz, enhorabuena.

(Se acerca a ellos)

Y que sigáis persiguiendo

las mocitas casaderas.

FRITZ.- Es la primera que no
se rinde ante mis finezas.

HANS.- Se lo agradezco, porque
asi bebí la cerveza
mejor que hay en la ciudad
de Brujas y sus cien leguas.
Ni en mi Hosteria la tengo
tan excelente y tan fresca.
Nuestro buen amigo Franz
me da la vida con ella.

FRITZ.- Pues pensad que será a mi
¡con la vivienda tan cerca!

(Señala su joyeria)

HANS.- Bueno os pondréis. Os envidio.
Franz, servidnos más cerveza.

(Por el foro derecha, llega
EL ABUELO de Margarita. Vene-
rable anciano, pulcro y sim-
pático en su ternura amable)

ABUELO.-

(Parándose delante del venta-
nal)

¡Margarita...

MARGARITA.-

¡Abuelo!

ABUELO.-

Niña,

¿pero ni en esta mañana
sales a dar una vuelta?

MARGARITA.- Abuelo, ¡estoy tan cansada!

ABUELO.- Deja la ruela!

MARGARITA.-

Ella es

solamente la que calma
estas tristezas tan hondas
que todo mi ser embargan.

ABUELO.- Margarita, te consumes
constantemente encerrada.
Sal un poquito, mujer,
que aquí siquiera en la plaza
los aires serán más puros
que detrás de la ventana.

MARGARITA.- (Con un suspiro)
Como quiera. Al fin y al cabo
ya la labor acababa.

(Se levanta y se la ve recoger
la rueca y los avíos. El Abue-
lo se sienta en el banco)

HANS.- (Levantándose lentamente por
el peso líquido que lleva en
el estómago. Fritz le acompaña.)

Ya sabéis amigo Franz
que disponéis en mi casa,
en no siendo de cerveza,
la verdad, de cuanto haya
mejor en el mundo entero.

FRANZ.- ¡La Hosteria tiene fama!
algún día iré.

HANS.- Venid,
y con toda confianza.

(A Fritz)

¿Me acompañáis?

FRITZ.-

Bien quisiera
pero tengo abandonada
la joyeria, y el huesped
de Amberes que me trabaja
puliendo y formando joyas,
ya necesita que vaya
para acabar la labor
que le dejé encomendada.

HANS.-

¿Un joyero?.

FRITZ.-

Es un artista
de esos que saben la talla
de las piedras y el engarce
de pulseras y gargantas
como nadie. Antes de ayer
llegó temprano a mi casa,
exprofeso desde Amberes.

HANS.-

¡Vamos! que buenas ganancias
vais a obtener...

FRITZ.-

¡Son tan malos
estos tiempos!...No se ganan
más que disgustos.

HANS.-

Es cierto;
¡las cosas están tan malas!...

FRANZ.-

¿Tambien mi cerveza?.

HANS.-

¡No!
solo las cosas sagradas
se libran.

ABUELO.-

(Viéndoles pasar)

Muy buenos dias.

HANS.- Adios, maese von Warthan.

FRITZ.- ¡Oh! señor Carillonero.

HANS.- (A Franz)

Adios Franz, hasta mañana.

FRANZ.- (A Fritz desde su tienda)

Debíste; acompañarle;
temo no llegue a su casa.
¡Bebió tanto!

FRITZ.- No; ese llega
aunque sea a cuatro patas.
¡Tiene ya mucha costumbre!

ABUELO.- ¡Qué excelente humor se gasta,
señor Fritz!

FRITZ.- Es mi fortuna;
todo lo demás me falta.

ABUELO.- Eso, es señal de salud.

FRITZ.- (Haciendo mutis por su joye-
ria)

Y de mirar niñas guapas.

(Sale Margarita a la puerta
de la casa del foro)

MARGARITA.- Abuelo, ya estoy aqui.

ABUELO.- ¡Que te dé el sol en la cara
Margarita, que, si nó, te vas
te vas a amustiar el alma.

MARGARITA.- Para mi ya no hay mas luz,

desde que mi madre falta
que la luz de su recuerdo.
A ella llevo en mis entrañas
casi igual que cuando ella
dentro de ~~si~~ me llevaba
para entregarme a esta vida,
que sin ella es tan amarga.

ABUELO.- No te atormentes. Ven, siéntate.
Junto a tu abuelo descansa
y deja dormir tus sueños
de dolor junto a sus canas.
La vida es así, ¿qué quieres?:
se forja con la desgracia
y en ella hallamos las fuerzas
para vivir. El mañana,
no el ayer, es lo que tiene
que alentar nuestra esperanza.

MARGARITA.- No puedo, abuelo, no puedo.
¡Mi madre muerta! Me espanta
pensar en aquellos besos
que con tanto amor me daba;
me espanta pensar en que
ya jamás en sus miradas
podrán posarse las mías...

ABUELO.- Vamos, Margarita, calma.
Nada puede devolvértela.

(Pausa)

Mira al cielo, hacia la llama

del sol que todo lo alumbra.
¡El es vida y esperanza!
Cuando hace poco venía
tomando el sol y la gracia
del aire puro que corre
me dió pena que las aguas
de los canales que van
hacia el mar, no reflejaran
entre sus ondas gozosas
el gozo de ver tu cara..
Vé a que el sol te dé en la frente,
vé a reflejarte en el agua;
y al mirarte en ella piensa
que aunque la corriente pasa
tú te quedas en su espejo,
¡que ella es cuerpo y tú eres alma!

MARGARITA.- Abuelo, me das la vida.

ABUELO.- Te doy solo ¡la esperanza!

(Asoma MINNA en el ventanal)

MINNA.- ¿Ya volvísteis del paseo?

ABUELO.- Con pena, porque no hay nada
mas delicioso a mis años
que madrugar con el alba,
porque entonces todo es nuevo,
recien salido del arca..
Anima tú a Margarita
para que contigo salga.

NINNA.-

No quiere abuelo, prefiere
estarse siempre encerrada.

(Sale a la calle junto con
ellos)

Ahora va a venir Ludgardo;
digo, si es que se levanta,
porque se acuesta y no quiere
mas gorra que la almohada,
y nos podriamos ir
los tres en buena compaña
mientras que vos en el clave
entonabáis la tocata
del Carillón en la hora
del mediodia.

ABUELO.-

(A Margarita)

Si, anda.

MARGARITA.-

Abuelo, no puedo ir;
a otras horas quizás salga.
Pero cuando va a cantar
el Carillón la sonata
que vos tocáis, que es la misma
que en otras fechas lejanas
hacia cantar mi madre
dando vida a las campanas,
poniendo, más que su arte,
en ellas mismas ¡su alma!,
cuando canta el Carillón
¡es ella misma quien canta!

NINNA.- ¡Que cosas tienes, mujer!

MARGARITA.- Dejad que me quede en casa.

(En este momento, llega por la derecha LUDGARDO joven bien vestido)

LUDGARDO.- Señor Warthan, buenos dias.

(A Ninna)

Ya sabía que tú estabas
esperándome; lo sé;
sé todo lo que te pasa.
Te llevo en el corazón
y el corazón no me engaña.
Buenos dias, Margarita.

NINNA.- Ludgardo, ¡a ver cuando paras!

LUDGARDO.- ¿No he estado fino, no he dicho
cuanto la educación manda?

MINNA.- Ya lo creo, y algo más;
porque has metido la pata,
al no haberte dado cuenta
de que el abuelito estaba.

LUDGARDO.- Mil perdones.

(Al abuelo)

Yo le ruego
que me disculpe la falta.

ABUELO.-

(Levantándose y haciendo mutis
por la casa)

No; por mi podéis decir
todo cuanto tengáis gana,
porque es mi hora y me voy
donde la obligación manda.

MINNA.- ¿Vienes por fin, Margarita?

MARGARITA.- (Suplicante)

¡Minna!

LUDGARDO.- Minna, ¿qué la pasa?

MINNA.- Está indispuesta.

LUDGARDO.- ¡Ya sé;
tu prima está enamorada.
Si ella quisiera, podría
yo mismo acaso curarla.

MINNA.- No lo creas; está enferma
de otro mal para el que nada
valdrian tus intenciones.

LUDGARDO.- Te advierto que yo...

MINNA.- No, calla.

LUDGARDO.- Entonces, nosotros...

MINNA.- Vamos.

(En secreto)

Yo creo que está embrujada.

LUGDARDO.- ¿Tiene un demonio en el cuerpo?

MINNA.- ¡Tiene unas cosas muy raras!...

(Hacen mutis los dos por el
foro izqda, mirando con cierto
recelo a Margarita que sigue
sentada en el banco, envuelta
por la tristeza)

M U S I C A

.....

(Empiezan a oirse, primero
las campanadas del reloj que
dan la hora del mediodía.

Se oye la tocata del Carillón
que toca el abuelo. Margarita
se va emocionando)

MARGARITA.- Carillón de mis penas,
voz de mi madre
¡qué consuelo en el alma
siento más grande!
En las campanas
del Carillón,
como un eco lejano,
vibra su voz.

Carillón, canta siempre,
no me abandones;
que tu canto es consuelo
de mis dolores.
Al sonar las campanas
siento en mi pecho
las caricias
de su amor.

- - -

Madre mia,
madre de mi alma,
noche y día
sólo pienso en ti.
Desde el Cielo
me das el consuelo
para ser feliz.

- - -

Campanitas que, alegres,
cruzan el aire;
como besos las siento
en mi posarse.

Mi vida solo
tiene el placer
de soñar con tus besos
hoy como ayer.

Madre yo no te olvido
ni un solo instante,
y mi amor cada día
siento más grande
Carillón, cuando cantes,
tráeme sus besos
y así seré feliz.

H A B L A D O

- - - - -

(Al terminar la canción del Carillón, Margarita cae de nuevo sentada en el banco de piedra del foro, con la cabeza entre las manos, plena de tristeza. Sale de la joyería FRITZ mirando con satisfacción una piedra preciosa que trae en la mano. Adelanta como buscando una rayo de sol para ver mejor

las luces de la joya, y se
sorprende al ver a Margarita
en aquella actitud)

FRITZ.-

(Acercándose a ella y levantándole la cabeza suavemente)

¡Margarita! ¿Estás llorando?

¿Por qué lloras, Margarita?.

MARGARITA.-

(Secándose los ojos)

No era nada; era un recuerdo.

La hora del mediodía

cuando canta el Carillón,

tiene para mí esa espina.

Aún no he olvidado a mi madre.

FRITZ.-

Eso es que eras buena hija.

Pero no debes llorar;

se estropearán tus mejillas...

Y eso no, tú eres muy joven

y es tu cara muy bonita

para echarla así a perder.

MARGARITA.- ¡Que queréis vos!

FRITZ.-

¡Que te rías!

Mírame; fíjate en mí:

¿No te produzco yo risa?

MARGARITA.- ¡Ay, señor Fritz...

(Riendo)

FRITZ.-

¡Vaya, vaya!...

Si yo pudiera algún día

convertirme en un mancebo

guapo y lleno de cintillas

me pondría a enamorarte
para ver si me querías.

MARGARITA.- ¿Lo quisiérais conseguir?.

FRITZ.- ¿Eso es que aceptas mi finta?.

MARGARITA.- No, señor; pero quizás
le gustárais a una amiga.

FRITZ.- Entonces le pediré
a algún diablo que me asista;
a no ser que en quien tu pienses
lleve por nombre el de "Minna"

MARGARITA.- ¿Os gusta?.

FRITZ.- M ¡Más que beber!
a Hans el de la Hostería!
Escucha, y tú, ¿no has pensado
en que algún hombre te diga
que si te quieres casar?.

MARGARITA.- Yo, jamás, ¡que tontería!

FRITZ.- ¿Tontería? ¿Es que el amor
no es lo mejor de la vida?

MARGARITA.- Me hacéis reír, señor Fritz.

FRITZ.- Eso es lo que yo quería.
¡Eso está bien! Pues entonces
entraré en mi joyería
y te traeré un jovencito
sin barba, que no lo pinta
mejor ni Rambrandt van Rhin
que es el mejor retratista.

¿No le has visto?.

MARGARITA.- ¿A quien, a Rambrant?

FRITZ.- ¡Al huésped que te decía!

MARGARITA.- Le ví anteayer al llegar;
estaba yo en la cocina.

FRITZ.- ¿Y no quemaste el almuerzo
de la impresión, Margarita?

MARGARITA.- Ayer le he visto otra vez.

FRITZ.- Y él te vió; me lo decía
cuando estábamos comiendo,
¡bien!, haciendo por la vida.
Con la boca devoraba
una pata de gallina
mientras que tambien a ti
te comia con la vista.
¡Que manera de comer!

MARGARITA.- Como que va a ser su ruína.

(Ríe ya Margarita francamente)

FRITZ.- Voy a decirle que salga.

MARGARITA.- ¡No, por Dios! no se lo diga.

FRITZ.- Si desea conocerte;
es un muchacho sin tia,
sin nada malo se entiende,
en cuanto a su parte física.
Honrado, trabajador,
y en su oficio nadie oficia
con un pulso más sereno
para tallar piedras finas.

Ya verás cómo te gusta;
lo agradecerás eníma.

MARGARITA.- Señor Fritz, me voy a casa.

FRITZ.- No te vayas, Margarita.
¿Me vas a dejar más feo
de lo que soy?

MARGARITA.- Pues elija;
si va en su busca, me voy.

(En este momento entran co-
rriendo por donde se fueron
MINNA y LUDGARDO)

MINNA.- ¡Señor Fritz!

FRITZ.- ¿Que ocurre, Minna?

LUDGARDO.- ¡Ay, señor Fritz! ¡Qué mujeres!

MARGARITA.- Pero, ¿qué te pasa, prima?.

FRITZ.- Escucha, bello Ludgardo,
¿que tienes en la mejilla?.

LUDGARDO.- (Disimulando el carrillo en-
carnado que tiene)

Nada.

MINNA.- (Furiosa)

Si, un bofetón
que le he dado en esa esquina.

FRITZ.- ¿En esa esquina? ¡en la cara!,
no confundas hija mia.
Pobrecito, ¿te ha hecho daño?.

LUDGARDO.- No señor, y es que no mira
donde da.

FRITZ.- Pues si te llega

MINNA.- a mirar bien, te descrisma.
Se ha querido aprovechar,
a la plena luz del día,
para abrazarme y besarme.

FRITZ.- ¡Eso se hace a la caída
de la tarde, cuando empieza
la oscuridad vespertina.

(A Ludgardo como lo anterior)

Te tengo que dar lecciones.

MINNA.- Regáñale, Margarita.

MARGARITA.- ¡Vamos, Minna! Hacer las paces.

LUDGARDO.- Yo, por mi, ya las haría.

Y ella también las hará:

¿verdad que me quieres, Minna?

FRITZ.- (Aparte a Ludgardo)

Ahora no debes hacerlas.

(Están Margarita y Minna abrazadas, a la derecha, Fritz y Ludgardo a la izquierda, entre ella y la puerta de la casa. Sale por la joyería ALBERTO joven apuesto y desenvuelto, que se queda parado mirando a Margarita; ésta le ve, se azara y quiere entrar en la casa)

MARGARITA.- (Presurosa)

¡Señor Fritz, muy buenos días!

M U S I C A

.

(Fritz le para con la mano son-
riente)

FRITZ.- No te vayas Margarita
que te voy a presentar
un amigo
que te quiere saludar.

(Ella se para y se vuelve para
mirar a Alberto que se descu-
bre ante ella. A Ella)

Mi amigo Alberto,
joven de Amberes.

(A él)

Y Margarita
la más bonita
de las mujeres.

ALBERTO.- Margarita
no me neguéis el favor,
por ser un desconocido,
de recibir el cumplido
que merece vuestro honor.

(La besa la mano)

MARGARITA.- Caballero
perdonad mi cortedad,
que por ser carillonera,
yo no sé bien la manera
de aceptar vuestra amistad.

FRITZ.-

(A él)

Su prima Minna,
tambien hermosa.

ALBERTO.-

Señor joyero,
que yo no quiero m
más que una rosa.

FRITZ.-

Como véis en Brujas hay
muchas flores que elegir.

MINNA.-

(A Margarita)

¡Que gentil es el galán
que ha traído el señor Fritz!

MARGARITA.-

(A su prima)

¿Te gusta, Minna?.

MINNA.-

Es muy gallardo.

LUDGARDO.-

(Al ver que de él no se hace
caso. A Fritz.)

Decidle a Alberto
que no estoy muerto.

FRITZ.-

(A Alberto)

¡Este es Lugardo!

ALBERTO.-

(Volviéndose a Margarita)

Bella carillonera,
jamás soñé
en mi camino encontrar
más gracioso talante
¡ni ojos más bellos!

gracia y donaire juntos
de una mujer,
como al llegar
en vos hallé.

MARGARITA.- Gracias caballero,
es mucho decir.

ALBERTO.- Juro que en mi vida
no aprendí a mentir.
En la Ciudad de Brujas
Yo no esperaba
contemplar tales ojos
sobre tal cara.

MARGARITA.- Sed más prudente
que cualquiera diría
que se os consiente.

- - -

En mi huerto no tengo
yo tantas flores,
que a mi lado se amustian
cuando se ponen.

ALBERTO.- Será de envidia,
porque sois más hermosa
si más se os mira.

MARGARITA.- Caballero
no alabéis más mi beldad.

ALBERTO.- Margarita
solo os digo la verdad.

MARGARITA.- Vos lleváis vuestro camino

distinto del de mi sino
y en vos no debo soñar.

ALBERTO.- ¡Bella carillonera!

MARGARITA.- ¡Dejad mi suerte!

ALBERTO.- Ya no puedo dejaros
aunque lo intente.

MARGARITA.- El mundo es grande.

ALBERTO.- Es mayor el cariño
que me inspirastéis.

MARGARITA.- Decidme adiós.

FRITZ.- (A Ludgardo, por Minna)

Cada día me gustan
más las mujeres.

MINNA.- (A Ludgardo)

Ya podrias ser como
son los de Amberes.

LUDGARDO.- ¿Tanto te gusta?.

MINNA.- Como a él las mujeres
que son de Brujas.

FRITZ.- (A Minna aparte de Ludgardo)

Cuando quieras, Minna,
yo seré como él.

MINNA.- ¿Vos? ¡Qué más quisiérais!

FRITZ.- Ya lo habrás de ver.

MARGARITA.- Caballero.

ALBERTO.- Margarita
no olvidéis lo que os dije.

MARGARITA.- Yo nunca olvido,
por desgracia o por gracia
lo sucedido.

(Las dos mujeres se dirigen a la casa, y entra primero Margarita, que asoma luego al ventanal. Minna queda en la puerta)

ALBERTO.- ¡Adiós, adiós!

(A una y otra)

MARGARITA.-

(Desde el ventanal, y Minna desde la puerta, iniciando ambas el cerrar las hojas respectivas)

MARGARITA
y MINNA.-

(Cerrando)

Quedad con Dios.

(Alberto hace una reverencia que Fritz imita y Ludgardo no, encasquetándose el sombrero enfadado)

H A B L A D O

FRITZ.- ¿Que os parece?

ALBERTO.- ¡Deliciosa!

(Mirando hacia el ventanal que cerró Margarita)

FRITZ.- Las dos, ¿verdad?

ALBERTO.- Por supuesto.

Pero como quiera que
a vos quien trae por los suelos
es Minna, yo no os la quito:

con Margarita me quedo.

LUDGARDO.- Perdonad; pero es que a Minna soy yo solo el que la quiero.

FRITZ.- Natural; yo solamente la admiro...hasta donde debo.

(A Alberto)

Observo os ha impresionado Margarita, amigo Alberto.

ALBERTO.- Más de lo que yo esperaba, francamente, y lo que siento es el no parar en Brujas por mi gusto todo el tiempo que se merece el ganar un baluarte tan serio. Pero ¡en fin! bien se merece tan linda joya un esfuerzo. La ganaré en pocos días.

FRITZ.- Pero, ¿y después?

ALBERTO.- ¡Ya veremos!

Por ahora solo os digo que me decido al asedio; porque creo en el amor que se siente en un momento.

¿Después? ¡La vida dirá si vale tomarlo en serio!

¿Que os parece a vos, Ludgardo?

LUDGARDO.- ¿Que queréis que os diga?.

ALBERTO.- ¡Necio!

hay que gozar de la vida
sin reparar en los medios.

FRITZ.- Pues a Margarita, como
no le pongáis vos un cerco
como la muralla China,
no la conquistáis ni un dedo.
No piensa más que en su madre;
se pasa la vida dentro
de su casa, porque dice
que cuando toca su abuelo
siente a su madre tan cerca
cual si viviera de nuevo.

LUDGARDO.- Me encogéis el corazón.

ALBERTO.- Y a mi tambien.

LUDGARDO.- (Llamando a la cervceria)
¡Cervezero!

trae tres jarros de cerveza.

(A ellos)

Las penas así, son menos.

ALBERTO.- (A Fritz)

Seguid contando.

FRITZ.- Es bastante.

Yo por mi ya os he impuesto
de cómo es esa mujer.

Vos meditat.

ALBERTO.- No es el cielo
tan fácil de conquistar...

¡y aún así lo pretendemos!

FRITZ.- Trabajo os doy.

FRANZ.- (Saliendo con la cerveza pedida)

¡La cerveza!

LUDGARDO.- (En tanto que beben)

Vos no os apuréis, Alberto.

¿Sois un hombre de verdad?

ALBERTO.- ¿Lo dudáis?

LUDGARDO.- Es por saberlo.

¿Estáis loco, entusiasmado por Margarita?

ALBERTO.- No creo.

LUDGARDO.- ¿Y teméis que os sea difícil obtener vuestro deseo?

ALBERTO.- Eso dice el señor Fritz.

LUDGARDO.- Pues yo puedo haceros dueño del amor de Margarita si me guardáis el secreto.

FRITZ.- ¿Que tú puedes?...

LUDGARDO.- Si, señor.

Jurad, señores joyeros que a nadie le contaréis lo que os diga.

ALBERTO.- (En broma)

¡Prometemos!

LUDGARDO.- (Confidencial)

No lejos de la Ciudad,

donde el bosque es más espeso,
hay una bruja a quien yo
fuí a pedirle consejo.

ALBERTO.- ¿Una bruja?.

LUDGARDO.- En su cabaña
me recibió; no hay cien metros
desde el camino hasta allí.
Yo estaba, señor Alberto,
como vos, entusiasmado
por una mujer, que el seso
me tenía hecho cerveza;
medio loco, no exagero.
Me dijeron que ella daba
para el amor el remedio,
¡y me lo dió! Desde entonces
ella es mía por completo.

FRITZ.- ¿Minna?

LUDGARDO.- Si, señor Fritz, Minna.
Por eso yo nunca temo
que me la puedan quitar.
Poseo el poder inmenso
que me la da para siempre.

ALBERTO.- ¡Lo de las brujas son cuentos!

LUDGARDO.- No señor; verdad muy grande.
Minna ignora mi secreto.
Ella me odiaba más bien;
pero desde aquel momento
en que pude conseguir

que tomara lo que dentro
de un frasco me dió la bruja,
se convirtió en amor tierno
el odio que me tenía.

FRITZ.- ¿Un elixir?

LUDGARDO.- ¡Un portento!

FRITZ.- ¿Y, ¿en qué consiste?

LUDGARDO.- En la sangre
caliente de un buho ciego;
en la hiel de una gallina
blanca y virgen, en los cuernos
machacados de una cabra
y en el zumo verde y fresco
de una fruta tropical
que ella conserva en su huerto.

ALBERTO.- (Se rie estrepitosamente)

¿Y nada más?.

LUDGARDO.- No os riáis.

Buscadla, os lo recomiendo.

FRITZ.- ¿Y dónde vive esa bruja?

(Aparte)

A este, le piso el cortejo.

LUDGARDO.- Por el camino real,
pasado ya el puente nuevo,
os torcéis a la derecha
y marcháis, dando un rodeo
para evitar a la gente,
al molino; luego un cerro,

cruzáis éste, veis el bosque
y os metéis por él derecho.
Al llegar a un alcornoque
que se levanta muy tieso
sobre todos los demás,
contáis cien pasos, y al ciento,
tropezaréis con la puerta
que a la cabaña da acceso.
No os asustéis de la Bruja.

FRITZ.-

Alberto, no tiene miedo.

ALBERTO.-

¡Quíá! ¡Cómo se habrá reido
esa mujer al teneros
en su cabaña!

LUDGARDO.-

¿Es que no
me habéis creído?.

ALBERTO.-

No es eso;
es que las brujas, no existen
más que en vuestros pensamientos.

LUDGARDO.-

Con Lucifer tienen pacto:
le llaman "El gran maestro
del Aquelarre"

ALBERTO.-

¿Al demonio?

~~FRITZ.-~~

~~No hay nada en la cabaña.~~

~~ALBERTO.-~~

Y ¿de verdad creéis en ello?.

LUDGARDO.-

No creais si no queréis
¡ y ya veréis lo que es bueno!

ALBERTO.-

Sois ingénuo de verdad.

(Casi como una exhalación, corriendo a trompicones, entra por la derecha del foro **HANS GUELLEN**, aterrado, sin hablar, y temblándole la barriga)

FRITZ.-

(A quien Hans se ha abrazado inopinadamente)

¡Señor Hans!

(Hans quiere hablar pero no logra articular palabra)

¿Pero que es esto?.

LUDGARDO.- Señor Hans Güelden. ¿Qué os pasa?

(Hans repite la mímica)

HANS.-

(Después de haber bebido)

¡Las brujas!

TODOS.-

¿Qué?

HANS.-

¡Si! ¡Las brujas!

FRITZ.-

¿Las brujas? No os entendemos.

HANS.-

Si, las Brujas, señor Fritz.

LUDGARDO.-

(A Alberto)

¿Escucháis?

FRITZ.-

(Idem)

¡Ya lo estáis viendo!

HANS.-

Las brujas, que hace un instante me han cogido por los pelos.

LUDGARDO.-

¡Ah! para que no creáis lo que os estaba diciendo.

ALBERTO.-

¿Las brujas?.

(A Hans)

Hablad, amigo.

HANS.-

Llegaron tres caballeros
a mi Hosteria, y al verme
me pidieron aposento
que no tuviera ventanas
ni ningún otro agujero.
Me extrañó, les pregunté,
y entonces me refirieron
llenos de espanto y terror,
que, por la noche, viniendo
camino de la ciudad,
de repente, algo sintieron
que les hizo estremecerse:
un grito extraño...un silencio,
y, a poco, les rodearon
cien mil brujas. Decir esto,
y caerse del armario
armando terrible estrépito
todos los platos y fuentes
de mi Hosteria, fué el eco.
Callaron llenos de espanto,
y cuando al ruido acudieron
los mancebos de improvisó,
sin darnos cuenta, saliendo
de en medio de nuestros pies,
vimos volar uh mochuelo
que soltó una carcajada,
dejándonos sin aliento.

¡Era una bruja! ¡Una bruja
que allí nos estaba oyendo
para vengarse sin duda
de aquellos tres caballeros!

LUDGARDO.- Es espantoso.

FRITZ.- Seguid.

HANS.- Todos salimos corriendo
y yo me vine porque
del susto me quedé seco.

Amigo Franz, ¡más cerveza!

FRITZ.- ¿Que pensáis, señor Alberto?

LUDGARDO.- ¿Existen o no las Brujas?.

ALBERTO.- Existen...en el cerebro
de este borracho.

HANS.- ¡Señor!
callad, porque no os consiento...

ALBERTO.- Perdonad si os ofendí,
pero en las Brujas no creo.

M U S I C A

.

HANS.- Podéis creerme, señor.
Las Brujas en esta tierra
abundan más que las flores.
Nacen con la yerba mala
se crían junto a los sapos
y vuelan en sus escobas
al Aquelarre los sábados.

ALBERTO.-

¡Las Brujas!

¡No me hagáis reir!

FRITZ.-

No reiros de las Brujas
al lado de la cerveza
porque asoman la cabeza
cuando suben las burbujas.

LUDGARDO,
HANS y FRANZ.-

No reiros de las Brujas
al lado de la cerveza.

ALBERTO.-

Pues entonces beberé
y brindaré a su salud.

- - -

(Bebiendo)

¡A la salud de las Brujas!

¡A su salud!

Por sus fiestas de aquelarre,
por sus buhos y lechuzas,
por sus sapos y serpientes,
¡por la escoba de las Brujas!
Por su ciencia y su sapiencia
por Leonardo, el Gran Maestro,
por sus caras retorcidas
¡y por sus bocas sin dientes!
Señoras Brujas,
dadme el amor
y os deberé
tan gran favor.

FRITZ, LUDGARDO
Y FRANZ.-

¡Señoras brujas
tened piedad!
Tratadle bien
por caridad.

ALBERTO.-

(Bebiendo de nuevo y en el
mismo tono festivo y burlón)

¡A su salud!
Por si acaso alguna noche
caigo yo en vuestro aquelarre,
por si acaso me emborracho
¡no llevarme por los aire!
Por si tengo mal de amores
y me rio de vosotras,
por si acaso yo me engaño
¡no pegarme con la escoba!

FRITZ, LUD-
GARDO y FRANZ.-

Señoras brujas,
dadme el amor
y os deberé
tan gran favor

¡Señoras brujas
tened piedad!
Tratadle bien
por caridad!

ALBERTO.-

¡A su salud!

TODOS.-

¡A su salud!

H A B L A D O

(Aparece MARGARITA, abriendo la puerta de su casa. Queda parada bajo el dintel)

MARGARITA.- Buen humor tenéis, ¿qué os pasa que alegráis con vuestras voces la pécifica ciudad?.

ALBERTO.- ¡Margarita!... Estos señores, que me quieren convencer de que hay Brujas en los bosques de por aquí alrededor. Yo me rio de ellos porque no caben en mi cabeza tan infantiles temores.

LUDGARDO.- El señor Hans Güelden vino todo tembloroso, el pobre, porque acababa de verlas.

MARGARITA.- ¿Es eso cierto?.

LUDGARDO.- Si.

MARGARITA.- ¿Dónde?.

FRITZ.- Dentro de su misma casa.

(Rie Margarita)

ALBERTO.- (Riendo)

Comprenderéis que me mofe con tales risas si escucho lo que ha contado ese hombre...

LUDGARDO.- No os burléis, os lo repito

no os burléis, porque a la postre
algún dia lloraréis
vuestra actitud.

ALBERTO.-

Cuando lllore
no serán las Brujas quienes
me hagan llorar; los amores
que me niegue una mujer
será el llanto que me ahogue!

LUDGARDO.-

Yo las he visto, lo mismo
que las vieron los señores
que a la Hosteria llegaron.
Se las suele ver de noche,
aunque alguna por el dia
salga tambien.

ALBERTO.-

¿Y se esconden,
o proclaman quienes son?.

LUDGARDO.-

No, señor; se las conoce
porque son viejas y feas
y van vestidas de pobres.

MARGARITA.-

Es natural, ¡pobrecillas!

(Aparece Minna a la puerta de
la casa y se queda escuchando
hasta que lo marca el diálogo)

ALBERTO.-

¿Cómo, Margarita; entonces
tambien vos las conocéis?.

MARGARITA.-

Si las gentes se suponen
que son Brujas las mujeres
a quienes dan esos motes
¿quien no conoce una Bruja

viendo una anciana disforme?
¡Pobres ancianitas las que
tienen que huir de los hombres
y hacerse una cabañita
en lo intrincado del bosque!
Pues yo creo que sí existen.
Tienen del demonio dones
para hacer cuanto deseen
sin que nadie las estorbe.

MINNA.-

LUDGARDO.-

(A Fritz)

¿La escucháis? Es el efecto
del elixir.

FRITZ.-

Se conoce
que eso sirve para todo.

LUDGARDO.-

Si yo os contara...

FRITZ.-

(Aparte a Alberto)

Se impone
averiguar si es verdad
cuanto dice.

ALBERTO.-

¡Que ilusiones!

FRITZ.-

Es que vos sois inflexible...

ALBERTO.-

No, amigo Fritz, soy un hombre
que sabe llegar él solo
alli donde se propone.
¿Contempláis a Margarita?:
pues obtendré sus amores.
Vos me decis que es difícil,

pero yo sé que otras torres
mucho más altas cayeron,
aunque las Brujas no aporten
sus elixires.

FRITZ.-

Yo en cambio
las pediré que me apoyen...
porque si no....

MINNA.-

Margarita
¿voy dentro por las labores?.

MARGARITA.-

Espera, que me ha intrigado
lo que hablaban estos hombres.

(Por Alberto que no ha cesado
de mirarla)

SOBRE LA MUSICA.

(Se oye una gran algazara de
voces y denuestos en la calle
inmediata de la derecha)

VOCES.-

¡Cogerla viva!

OTRAS.-

¡Matarla!

OTRAS.-

¡Clavadla como a un murciélago!

VOCES.-

¡Que se escapa!

FRITZ.-

¿Que sucede?.

VOCES.-

¡No temerla, que hoy no es sábado!

OTRAS.-

¡Darle, darle en la cabeza!

ALBERTO.-

Debe ser algún motín.

C A N T A D O

.

(Todos se asoman hacia la derecha con curiosidad, pero sin llegar a la bocacalle)

LUDGARDO.- Voy a ver qué es lo que pasa.

MINNA.- No, Ludgardo, estate aquí.

(Entra rápidamente por la derecha LA BRUJA seguida muy de cerca por unos mozalbetes que la empujan y hacen caer en tierra en el centro de la escena)

MOZALBETE.- ¡Ya cayó!

ALBERTO.-

(Evitando que le dé un nuevo golpe, e interponiéndose)

Y vos caeréis,
si es que osáis de nuevo herir
a una anciana.

MOZALBETE.- ¡Es una bruja!

ALBERTO.- ¡Cobardes!

VOCES.- ¡Matarla!

ALBERTO.- ¡No!

Marcharos fuera de aquí.

(Margarita se arrodilla junto a la Bruja y la ayuda a levantarse)

Yo la defiendo. ¡Ay de aquel
que no obedezca a mi voz!

(La turba retrocede, porque, además, los que estaban en

escena se ponen al lado de Alberto)

MARGARITA.-

(Tiernamente)

Abuelita, no temáis;
yo curaré con mis manos
lo que esos malos hermanos
os hayan podido hacer.

(La lleva hacia el banco del foro y la sienta. Minna con cierto temor, también la ayuda. Alberto arroja una bolsa con dinero a las gentes que aún están en la bocacalle)

ALBERTO.-

¡Tomad a cambio! ¡Tomad!

(Desapareciendo los del grupo corriendo para coger el dinero)

FRITZ.-

¡Qué gentuza!

LUDGARDO.-

¡Habrased visto!

ALBERTO.-

¡Pobre vieja!

MARGARITA.-

(A la Bruja)

No temáis.

(Se van acercando los hombres incluso Hans y Franz que estaban en la cervceria, al grupo formado por la vieja a cuyo lado se ha sentado Margarita. La miran con cierto temor)

FRITZ.-

¿Una Bruja?.

LUDGARDO.-

Es como aquella.

FRITZ.-

Pero, ¿será de verdad?.

~~BRUJA~~.-

(A Margarita,

acariciándola los cabellos y
después las manos)

Que tus cabellos se vuelvan de oro,
y que tus manos sean de márfil
que nunca lloren tus lindos ojos
y que tu boca ria al morir.

¡Bendita seas!

Yo ya me voy,

ALBERTO.- ¿Tuvistéis daño?.

BRUJA.- Al caballero que me librara
de tanta gente, de tanto horror,
decirle quiero que en mi cabaña
me tendrá siempre y a su favor.

(Se vuelve a Margarita y, cogiéndola la cabeza, la besa en la frente. Margarita se sobrecoge, muda y espantada)

¡Gracias mil veces!

Todo pasó.

(Inicia el mutis por la izqda. y la abren paso todos, atemorizados)

LUDGARDO.- Es una Bruja.

FRITZ.- No cabe duda.

LUDGARDO
FRITZ, HANS
y FRANZ.-

¡Es una Bruja!

¡No hay mas que ver!

(Alberto la ve marchar sonrien

te, cerca de Margarita, con
aire superior. Desaparece la
anciana y todos la siguen con
la vista)

ALBERTO.- Es una anciana
¡Pobre mujer!

(Pausa melodiosa. De improvise
se oye una carcajada estriden-
te que lanza la Bruja dentro.
La impresión, el susto, hace
que todos se sobresalten viva-
mente como buscando defensa
mutua, unos con otros. Margari-
ta queda en los brazos de Al-
berto. Minna cae en los de
Fritz, que la acoge encantado.
Ludgardo y Hans Guelden, que-
dan uno con otro, y Franz sale
disparado al interior de la
cerveceria. Va cayendo lenta-
mente el

T E L O N

+++++

"EL CARILLON DE BRUJAS"

+++++

ACTO SEGUNDO

ACTO SEGUNDO

+++++

(CUADRO 1º)

Atardecer.

Un claro en el bosque próximo a la ciudad de Brujas.

La escena dividida.

A la derecha, ocupando un tercio solamente de la escena, la cabaña de la Bruja, cuyo interior humilde y dislocado, se comunica con el bosque por una puertecilla practicable en el primer término de su lateral izqda. En la pared del foro, una pequeña chimenea con su campana volada sobre encendida lumbre. Cerca de ella, apoyada contra la pared, una gran escoba puesta en posición inversa a la normal; es decir, con el mango en el suelo y las raíces en alto.

A la derecha, en último término, otra puerta que se supone llega también al bosque. Un candil.

Una mesita tosca, como las banquetas y sillas que haya repartidas. En las paredes, alguna repisa con cacharros y frascos. Un gato negro disecado, en lugar visible; lomo arqueado, ojos chispeantes. Una gran bombona en un rincón. Y de los techos cuelgan telas de araña.

Sobre el tejado asoma el cuello de una ancha chimenea por la que sale el humo del interior; a su alrededor crecen las matas y yerbas.

Los dos tercios restantes de la escena están ocupados por la frondosidad del bosque que abre en claro delante de la cabaña. Fondo espeso de arbolado del que sale un arroyo que borbotea en fuente al caer de una peña. Una senda llega desde el foro izqda a la escena, cruzando después por detrás de la cabaña. Y un sendero sale también del fondo.



Está atardeciendo una puesta roja de sol.

Al levantarse el telón, mezclado con el canto de los grillos, el ruido de los cacharros que en su cabaña mueve la Bruja, se confunde con el de la hojarasca que danza con el viento que, a veces, silba entre las copas de los altos árboles.

La Bruja se mueve entre sus trastos, acaricia al gato disecado, limpia el suelo y echa en la lumbrería hierbas que producen espeso humo. Canturrea con buen humor.

(Llega por el sendero de la izquierda, ALBERTO, decidido en dirección a la cabaña, no sin antes mirar a su alrededor como cerciorándose del lugar que pisa. Se acerca a la casucha y llama enérgicamente en la puerta. La Bruja cesa en sus quehaceres y, antes de abrir, mira por el ventanillo al recién llegado)

H A B L A D O

.

ALBERTO.-

(Enérgico)

Abre.

BRUJA.-

Al instante, señor.

(Abre la puerta alegremente)

ALBERTO.-

(Entrando decidido y autoritario)

¿Estás sola?.

(Mirando todo a su alrededor)

BRUJA.-

Con mis años.

ALBERTO.- ¿Vives contenta en tu choza
o lo que sea este antro?

BRUJA.- Vivo al menos, que no es poco.
Las pocas veces que salgo
al campo o a la ciudad,
¡ya vistéis que mal lo paso!

ALBERTO.- (Rie)

BRUJA.- No os riais; eso es muy triste.
Más, dispensadme.

(Acercándole un asiento)

Sentaos.

ALBERTO.- (Se la queda mirando sonriente)

Dime, contesta a una cosa:
¿tienes pacto con el diablo?

(Ella calla)

Dime Bruja o lo que seas,
¿tienes pacto? dime.

BRUJA.- (Enigmática)

Acaso.

ALBERTO.- (Poniéndose en pié)

Entonces, tú no me sirves.

BRUJA.- ¿Qué desees?

ALBERTO.- No; me marchó.

BRUJA.- ¿No me temes?

ALBERTO.- Nada temo.

(Conciliador)

¿Y no es verdad que en mi caso

no temerías tampoco?.

BRUJA.- ¿Eres ferviente cristiano?.

ALBERTO.- Que te importa lo que soy.
Vine a buscarte esperando
hallar en ti una mujer
no una loca. Y engañado,
equivocado quizás
por no parecer tú un trasgo
sino una pobre mujer,
he de ofrecer el halago
de mi bolsa bien repleta
a quienes no tengan pacto
con Lucifer ni con nadie,
por-que por eso no paso.
Eso es solo una idiotez
para el vulgo.

BRUJA.- Bien hablado.
Comprenderéis...

ALBERTO.- ¿Es que ahora
te retractas?.

BRUJA.- No, te hago
solamente confesión
de que te hablé...por si acaso.
Dices que das una bolsa
bien repleta, pero ¿a cambio
de qué la dás? Soy tan pobre
que necesito el amparo

de cuantos llegan a mi.

¿Un ~~elixir~~ preparado?

¶ Para una mujer, un filtro...?.

ALBERTO.- Deja esas cosas a un lado;
unas palabras tan solo
dichas con tono de salmo,
vertidas en el oído
de un ser puro e inmaculado
a mi favor, y ~~a~~ servir
al caballero más "guapo"
más digno de "sus favores"
"más leal" y "más honrado"
y además el "más espléndido",
si hay discreción al lograrlo.

BRUJA.- ¿Y es oro todo en la bolsa?.

ALBERTO.- Toca; si tienes buen tacto
apreciarás que hay también
algún brillante mezclado.
Pero éste para más tarde;
cuando esté cogido el pájaro.

(Saca de la bolsa la piedra
aludida, que guarda en el bolsillo)

La joya por la mujer,
por su amor.

BRUJA.- ¡Yo te lo hago!

¿Y esa mujer?.

ALBERTO.- La conoces.

BRUJA.- ¿Margarita?

ALBERTO.-

Has acertado.

Vendrá a verte, se lo dije.
No la asustes, que eres cardo
y ella es blanco tulipán
que el aire besa en los campos.

M U S I C A

.

BRUJA.- Margarita será tuya;
yo te lo conseguiré.

ALBERTO.- Más que en ti fío en mi amor,
en mi deseo
y en el ansia que poseo
de llegarla a conseguir.

- - -

Tengo un inmenso caudal,
que no quiero malvender,
en mi vida:
es mi tesoro de amor,
que en mi plena juventud
me palpita.

Quiero vivir y gozar
y compartir mi placer,
día a día
con la más bella mujer
que me deje contemplar
sus pupilas.

- - -

Para gozar de su amor
ya no me importa esgrimir
la mentira;
porque el mentir y el amar
son las únicas razones,
¡por mi vida!
para poder alcanzar
lo que se quiere lograr.

(Orquesta sola)

Yo quiero esa mujer
y la quiero conseguir
como sea.
¡Porque mi inmenso caudal,
mi caudal de juventud
la desea!.

H A B L A D O

- - - - -

BRUJA.- ¡Pobre Margarita!

ALBERTO.- ¿Pobre
y morirán a su paso
de envidia, cuantas mujeres
la contemplan de mi brazo?.

BRUJA.- De todos modos.

ALBERTO.- Entonces...

(Guardándose la bolsa que ya
se disponía a darle)

BRUJA.- (Resignada)

¡Deja todo de mi mano!

ALBERTO.- Te creía una mujer
de corazón menos blando,
aunque aquí el corazón
no hace mucho para el caso.

BRUJA.- Con corazón o sin él,
soy mujer.

ALBERTO.- ¿Mujer? Sí, vamos,
como esta bolsa; con oro
contante entonces es algo;
sin oro ¡un trozo de cuero
que no vale ni el mirarlo!

BRUJA.- Tienes razón. ¡Trae la bolsa!
¡Eres un hombre! He acertado.
Te puse a prueba y venciste.
Confía en mi...que el Diablo
hará que atienda, quien quieres,
lo que escuche de mis labios.

ALBERTO.- Gracias por todo.

BRUJA.- No salgas
por la puerta que has entrado.

(Llevándole a la otra del fo-
ro de la cabaña)

Por aquí sales mejor,
porque el camino es más rápido.
No te preocupes. Adiós.

ALBERTO.- (Haciendo mutis)

¡Ay de ti, si es que fracaso!

(Al verse sola la Bruja, sien-

te el vértigo de su satisfacción por lo logrado y, agitando la bolsa, haciendo cantar el oro en ella encerrado, danza alrededor del fuego. Se acerca al gato, lo acaricia y enseña la bolsa repleta. Se dirige nuevamente al fuego, echa en él unos polvos que vuelven la llama de color verde, y repite su danza con la alegría pintada en todo su ser. A los breves instantes que dura esta acción de la Bruja, aparece por el sendero de la izqda. FRITZ, envuelto en una capa, que no le impide ser reconocido, contando los pasos que le llevan hacia la puerta de la cabaña)

H A B L A D O

- - - - -

FRITZ.- 88,89,90,91,92,93,94,95,96,97,98,99....

(Llega a la puerta, tropieza con ella y dice)

¡Ciento!

(Como por ensalmo cesa toda la actividad de la vieja en la cabaña)

Cien pasos dijo Ludgardo.

BRUJA.-

(Dentro y sorprendida. Chillando)

¿Quien va?.

FRITZ.-

Y ahora ¡fuera miedo!

BRUJA.- ¿Quien?

FRITZ.- Esa es la Bruja. ¡Yo!

(La Bruja abre la puerta rápidamente)

FRITZ.- (Dando un salto asustado)

¡Rebruja!

BRUJA.- Pasad adentro.

FRITZ.- (Descubriéndose muy fino, en tanto pasa al interior)

Perdóneme su excelencia,
señora Bruja.

BRUJA.- ¿Que es eso
de Bruja?.

FRITZ.- ¿Habré equivocado
la dirección sin saberlo?
¿No es aqui donde recetan
un maravilloso invento
para hacer que las mujeres
se suelten por uno el pelo?
¿Es más arriba, señora?.

BRUJA.- (Haciendo aspavientos, como
durante toda la escena)

¿Qué queréis?

FRITZ.- Deseo un frasco
con algún líquido dentro
para hacer que una mujer
me adore aunque haga mal tiempo.

BRUJA.- Venid. Describid dos círculos;
pero sin pisar el centro

de la casa. No miréis.
Pensad en que el firmamento
se va llenando de estrellas.
¿Las veis?.

FRITZ.-

(Tropezando)

¡Por poco las veo!

BRUJA.-

Repetid lo que yo os diga.
"Leonardo, mi único dueño,
rey del mal y del astrágalo;
por las puntas de tus cuernos
dame la mujer hermosa...
Astrul, jambid, pavisenco;
trunca el humo, roba el aire,
astrul, jambid, corivuelo".

FRITZ.-

A ver, a ver; repetid,
que del final no me entero.

(Se acerca la Bruja al fuego
de la chimenea, y en una ca-
zuela echa líquidos, polvos y
cuanto vaya diciendo)

BRUJA.-

¡Toma, toma, no te enfades!

(Según va echando las cosas.
A Fritz)

Arráncale al gato un pelo
del rabo.

FRITZ.-

(Al gato)

Chico, perdona.

¿Te he hecho mucho daño?.

BRUJA.-

Tráelo.

(Lo echa tambien y remueve)

FRITZ.-

¡Este va a quedarse calvo
si el negocio va en aumento!

BRUJA.-

(Dándole un frasco, en el que
ha echado lo que habia en la
cazuela.

Tomad, ya está.

FRITZ.-

Muchas gracias.

¿Puedo saber cuánto os debo?.

BRUJA.-

¿Cuanto lleváis ahora encima?

FRITZ.-

¿Es precio fijo?.

BRUJA.-

¡Traed
sin rechistar el dinero
que tengáis!

FRITZ.-

(Dándole una bolsa)

Tomad. Repito

todo mi agradecimiento.

BRUJA.-

Todas las mujeres que
vos consigáis beban esto,
os amarán locamente...
aún después de que hayáis muerto.

FRITZ.-

Me alegro por mis cenizas
cuando esté en el cementerio.

(Despidiéndose)

Repito...Fritz van Fronhausen,
de Brujas...si no os molesto.

BRUJA.-

Venid por aqui, salid

que está más cerca el sendero.

(Le lleva a la puerta del fondo)

FRITZ.-

(Muy fino)

Muchas gracias, muchas gracias.

Oiga usted, ¿está bien hecho?

porque es que no vaya a ser

que tope como un carnero...

(Al salir tropieza con el quicio de la puerta. Cuando Fritz ha comenzado a iniciar el mutis, llegan por el sendero del bosque, MARGARITA y MINNA, en dirección a la cabaña, con el natural temor. La Bruja, una vez despedido Fritz, rie para sí al contemplar la bolsa del dinero, que guarda y se pone a recoger los utensilios que empleó)

MARGARITA.- ¡Ay! Minna, no puedo más.

MINNA.- Ya hemos llegado. Allí veo la cabaña, y por lo que le escuché decir a Alberto en este sitio sin duda.

MARGARITA.- Prima, cuánto te agradezco que me hayas acompañado.

MINNA.- Como que el sitio da miedo.

MARGARITA.- No es solo el sitio, también me asusta a mí lo que hacemos. Tengo miedo de mí misma: no sé por qué hacemos esto.

MINNA.- Yo...por no dejarte sola:
tú...por el amor a Alberto.

MARGARITA.- ¡Será verdad que me quiere;
será verdad que le quiero?

MINNA.- La Bruja te lo dirá
dentro de breves momentos.
No tengas miedo, mujer;
al fin y al cabo sabemos
que es mujer como nosotras.
Nos debe agradecimiento
por lo pasado a la puerta
de casa.

MARGARITA.- Aún así la tiemblo.

BRUJA.- (Abriendo la puerta de su ca-
baña, por haberlas escuchado)

Podéis pasar, Margarita.

MINNA.- ¡Ay! ¡Margarita!

BRUJA.- ¡Silencio!

(Pasan las dos ante la vieja
con gran temor)

No tengáis ningún temor.

MARGARITA.- No es tu casa lo que temo,
son otras cosas las que
me asustan desde hace tiempo.

(Mina se encuentra de repente
con el gato y da un grito,
asustada)

MINA.- ¡Ay!

MARGARITA.- Minna, ¿que te sucede?.

BRUJA.-

(Por el gato)

Está disecado.

MINNA.-

¿Muerto?.

BRUJA.-

(A Mina)

Podéis salir fuera mientras
que yo a Margarita atiendo.

MINNA.-

¿Al bosque?.

BRUJA.-

Estaréis mejor
y se os calmarán los nervios.

MINNA.-

Pero, ¿sola?.

BRUJA.-

No temáis:
será cuestión de un momento.

MINNA.-

Bueno, si alguien llega, chillo.

(Saliendo al bosque)

¿Dónde tendré menos miedo?.

BRUJA.-

El corazón me decía
que vendríais.

MARGARITA.-

Es que tengo
en lucha mi corazón
con un loco pensamiento.
Tú me podrás ayudar
con tus artes; a ti vengo
con el mismo afán que lleva
hacia la fuente al sediento.

BRUJA.-

Pon en mí tu confianza
y ya verás el consuelo
que tendrá tu corazón.
Yo sé todos los secretos.

MARGARITA.- ¿Tambien el mio?.

BRUJA.- Tambien.

MARGARITA.- Calma mi sed, te lo ruego.

M U S I C A

.

BRUJA.-

(Haciéndola sentar y sentándose
se a su lado. La coge una mano
y mira su palma abierta)

Estas rayas de la vida
dicen que no eres feliz;
estas rayas de la muerte
predicen que has de vivir
esclavizada a un amor
que mucho te hará sufrir.
Si tienes fé en quien te adora,
serás feliz
aunque tengas que sufrir.

MARGARITA.-

Si sabes tú que mi pecho
temblando está;
si sabes tú que un cariño
me poseyó,
lo que quiero es que me digas
con tu sapiencia
si debo yo creer aquel que sembró
al fin ~~en~~ mi corazón
de amor.

BRUJA.- Debes creerle
sin duda alguna,
porque en las rayas yo leo
que es tu fortuna.

MARGARITA.- Dime que es cierto,
pues si me engañas
matarás la ilusión
de un corazón.

BRUJA.- (Mirando nuevamente su mano)

Estas líneas no mienten,
ni mienten los astros
que son la verdad;
y aquí dicen que un hombre te adora:
lo juro yo,
no se puede dudar.

MARGARITA.- Nunca supe
en mi vida
lo que era un amor
ni lo que era sufrir.
No me engañes,
porque ahora deseo
amar solamente
y, amando, morir.

BRUJA.- La mano no engaña.

MARGARITA.- Te creo, mujer.

BRUJA.- Alberto se llama.

MARGARITA.- ¡El nombre de él!

el nombre de quien
adoro y me adora...

BRUJA.- La mano no miente
ni mienten los astros.

MARGARITA.- ¡Te creo, te creo!
Mil gracias, mujer.

BRUJA.- Quiérole
fiándote con alma y vida.

MARGARITA.- Por fin encontré
mi rayo de luz;
¡que feliz caricia!
Las sombras ya no me asustan,
porque hice mía
la luz del sol.
Bendita luz
que tanto ansié!.

BRUJA.- Confía en el cariño
de tu galán
que te ama con lealtad.
Te espera el placer,
serás muy feliz,
si a él por fin
le das tu fé.
Con tal galán
serás feliz.

(Desde que Minna salió de la cabaña su acción ha sido la siguiente. Hasta que empieza el duo, no se atreve a apartarse de la puerta, pretendiendo escuchar lo que hablan en el interior. Luego inicia unos pasos de curiosidad hacia el bosque, por el foro y la izda. Se asusta, duda, y se vuelve hacia la casucha. Después, ya algo más animada, se dedica a recoger flores y ramas, con las que se pone a formar un ramo, hasta que la acción se modifique cuando se marque)

BRUJA.-

Y ahora, Margarita, ven:
acércate junto al fuego
para que en el agua veas,
cuando ebulle, mis asertos.

(Se dirigen las dos hacia la chimenea del fondo, y allí quedan pendientes de las manipulaciones de la Bruja con sus aguas, polvos y cacharros. Por entre los árboles del foro rompiendo ramas y hecho un lío; surge Fritz, que se ha perdido, sin ver a Minna hasta que se indica)

FRITZ.-

¡Maldito bosque! ¡qué lío
tan enorme! ¡Atiza! vuelvo
otra vez a la cabaña
de la Bruja. ¡Buena la he hecho!

(Ve a Minna, y creyéndose que

es la Bruja se dirige a ella
que está de espaldas)

¡Bruja del demonio! dime
por donde salgo al sendero.

MINNA.- (Sorprendida y aterrada)

¡Socorro! ¡Pri...! ¡Mar...mar...mar!

FRITZ.- (Reconociéndola)

¡Anda la mar! vaya encuentro.

¡Minna! No te asustes, mira,
si soy yo: Fritz el joyero.

MINNA.- ¡Fri...fri...¡Fritz!

FRITZ.- ¡Si!

MINNA.- ¡A...a...agua!

FRITZ.- ¡Minna!

MINNA.- ¡A...a...ay, qué miedo!

¡Agua, que me ahogo! Dadme agua.

FRITZ.- ¿Qué dices?

MINNA.- Del arroyuelo,
de allí.

(Señalando al foro)

FRITZ.- (Aparte)

¡Qué idea! ¡Al instante!

(Hace como que coge el agua,
y se acerca enarbolando triun-
falmente el frasco que le dió
la Bruja. A Minna)

¡Bébetelo todo entero!

MINNA.- (Lo coge y bebe con fruición)

¡Qué fresquita!

FRITZ.-

Bebe, bebe...

MINNA.-

(Llevándose la mano a la boca
y sacándose algo de ella)

¡Ay que asco! Mirad; un pelo.

FRITZ.-

¡El del gato! Eso no es nada.

Ya me lo estaba temiendo.

MINNA.-

(Ya más calmada)

¡Ay! qué susto me habéis dado.

¿Y a qué se debe el encuentro?.

FRITZ.-

(Dudando)

Te ví salir, te seguí...

MINNA.-

Señor Fritz, sois el más bueno
de los hombres.

(Abrazándole)

Muchas gracias.

FRITZ.-

(Aparte)

¡Ya le empieza a hacer efecto!...

(Se abre la puerta de la ca-
baña y sale Margarita, que ya
se ha despedido de la Bruja)

MARGARITA.- Mina, vamos.

FRITZ.-

¡Margarita!

MINA.-

(A Margarita)

Es que vino a nuestro encuentro
al enterarse de que
veníamos. ¡Es más bueno!...

MARGARITA.- ¿De verdad? ¡Ay! Señor Fritz,

¿lo sabe alguien más?.

FRITZ.-

No creo.

MARGARITA.- No digáis ni una palabra;
que vinimos en secreto.

FRITZ.- Descuida, seré una tumba.

MINA.- ¿Qué, Margarita?.

MARGARITA.- ¡Qué miedo
he pasado; pero, ¡qué
alegre salgo de ahí dentro!
Ya te contaré.

MINA.- Pues vamos.

MARGARITA.- Vamos deprisa, que tengo
la boca seca.

MINNA.- Pues mira
casualmente está el remedio
bien cerquita. Señor Fritz,
dadme ese frasco un momento
para Margarita, que
tiene sed, y me acuerdo
que aún le quedaba más agua.

FRITZ.- ¡Zambomba! En el arroyuelo
está más fresca.

MINA.- Traed,
que es bastante.

FRITZ.- No; prefiero
traerle más...

(Queriendo ir por el agua pe-
dida)

MINA.-

(Quitándole el frasco y dándole
selo a Margarita que en segui-
da se lo lleva a los labios)

Es suficiente.

FRITZ.- ¡No bebas, no! ¡Santo Cielo!

MARGARITA.- (Devolviéndoselo)

¡Qué agua más rica! Tomad

FRITZ.- (Aparte)

¡Qué conflicto más tremendo!

(Inician el mutis yendo Fritz con las dos del brazo, que se le aprietan como atemorizadas)

Solo falta que la Bruja

¡reclame dobles derechos!

(Hacen mutis los tres por la izqda en la forma indicada. Mientras tanto la Bruja en su cabaña, ha vuelto a sus quehaceres y, al final coge una banqueta, se sienta en ella al lado de la lumbre...y se pone a hacer calceta)

T E L O N

+++++

C U A D R O 2º

+++++

"EL AQUELARRE" (Ballet)

- - - -

Noche oscura. Luna blanca
que, a poco, surge en el cielo
y vierte sus finos rayos
que van peinando el silencio.
Tierra parda en la llanura
que aparece como un lecho.
Un montículo se yergue
musgo y piedras en el centro.
El Horizonte ceñudo
tras unos árboles secos,
marca su línea que sube
y baja por unos cerros.
Todo es quietud, quietud agria;
solo el aire en sus bostezos
mal contenidos, se mueve
entre las breñas gimiendo.
Rompe el ámbito un sonido.
Una campana a lo lejos
anuncia la media noche
con un plañido muy lento.
Al compás de la campana,

como si fueran su eco,
aparecen misteriosos
seres que nacen del suelo.
¡Las Brujas! son las hijas
del terror y del misterio;
los monstruos con forma humana,
frutos del mal y del miedo.
Llegan alegres, danzando
con sus corcovados cuerpos
que arrastran más que transportan
como reptiles sin sexo.
Forman corro con sus manos
descarnadas, y los huesos
al cruzarse y agarrarse
producen rúidos secos.
Surgen sapos de la tierra,
con pieles de terciopelo,
que se agregan a la danza
de las brujas, sin estrépito.
Saltan, giran, vienen, vuelven
corren, suben, bajan ciento
y cientos de veces, tornan
con sus saltos y sus gestos,
no descansan; la fatiga
es un fantasma para ellos;
y así siguen y prosiguen
en una danza de vértigo:

¡Alrededor del montículo,
sin pisar casi en el suelo,
cual si en el aire montaran
vaporoso Clavileño!

Y, de improviso, se abre
el montículo por medio
y surge, radiante, joven,
el diablo, su Maestro.

¡Es Leonardo, el Gran Maestre
del Aquelarre! El efecto
que su presencia produce
es de espantoso silencio.
(Como Fausto; negra capa,
ceñido de rojo el cuerpo,
y en la mano una batuta
de cristal de los infiernos.

Negro bigote retuerce
sobre su boca, y su gesto
es altivo. En su cabeza
apuntan, breves, dos cuernos.

El redondel de la Luna
le pone un nimbo perfecto
tras su cabeza diabólica...

¡ él sonríe satisfecho!)

De hinojos cayeron todos
los que danzaban frenéticos,
y le rinden pleitesía
que recibe él impertérrito.

Brilla la batuta; gira
en el aire, describiendo
unos círculos extraños.
la danza vuelve de nuevo.
De los árboles y matas,
de las rocas, de los huecos
de la tierra, surgen, brotan
nuevas Brujas al concierto.
Son las jóvenes, las gráciles
las que envuelven en los velos
solamente, los encantos
y fragancias de sus cuerpos.
Al compás de la batuta
de Leonardo, que da al viento
también el compás y el ritmo
danzan formando un gran rueda.
Se agitan todos; el aire,
las sombras... nada hay ya quieto.
¡Todo gira, gira, danza!
¡Todo, todo es movimiento!
¡Movimiento y alegría,
frenesí en lujuria envuelto!
Es la juerga del pecado
de la maldad del Averno.
Ya se mezclan, se revuelven;
caen, levantan; toman nuevos
ímpetus; sigue la danza,

prosigue; vuelan los velos
de los cuerpos y las carnes
muestran todos sus secretos.
La locura se ha adueñado
de todos; aumenta el vértigo,
crece y crece la locura
entre espasmos de deseos.
Jóvenes, viejas y sapos
han perdido ya el concepto
de todo...¡y siguen su danza
cada vez con más alientos!
De repente, claramente
suena un clarín a lo lejos.
¡Canta un gallo en la alquería,
valiente como un guerrero!
Otro contesta y aún otro;
suena un coro de gorgoros;
son las trompetas que anuncian
que el día está amaneciendo.
Súbitamente, al instante
de sonar tal clamoreo
que al sol anuncia, la danza
queda rota por completo.
Desaparece Leonardo
de su trono, bajo el suelo;
se esparcen como gusanos
que van a sus agujeros,
las Brujas; los sapos huyen

rápidamente: El Infierno
se diluye misterioso.
Paz en la tierra...Silencio...
La Luna muere...Se tiñe
el horizonte, en los cerros,
de leve luz. ¡Amanece!
Cesa poco a poco el viento...
Suenan una esquila temprana
de un rebaño placentero...
Los gallos hieren los ámbitos...
El campo limpio y sereno,
se llena de suaves sonos;
como sacudiendo el sueño
se desperezan los árboles
¡y un rebatir de aleteos
saluda al día ¡que llega
sin misterios!

T E L O N

+++++

C U A D R O T E R C E R O

+++++

Interior de la casa del Carillón. Puerta y ventanal practicables al foro, tras los que se vé la plaza en la que transcurre la acción del Acto primero.

Entre dicha puerta y el ventanal - éste con sus cortinillas blancas - una gran chimenea con amplia campana volada, en cuyo borde lucen cacharros de cobre y loza de colores.

En el segundo término de la izqda, una escalera de caracol asciende al piso superior, donde se supone está instalado el clave con el que se toca el Carillón. Otra puerta en primer término que da a las habitaciones interiores.

A la derecha, y en el centro del lateral, una puerta, también practicable, comunica con el interior de la vivienda.

Al lado del ventanal de vidriera emplomada, la rueca de Margarita con su escabel y silla al lado.

Trébedes en la chimenea; una mesa, algunas sillas, farol en el centro, pendiente del techo artesonado, y las notas de color y detalles del ajuar que estime el director de escena y el escénógrafo, que ha de inspirarse en el estilo del arte flamenco en aquella época del siglo XVII y en los modernos cuadros del pintor Ortiz de Echagüe.

Empieza el día.

(Al levantarse el telón, MINNA está arreglando la estancia, en tanto cruzan por la plaza del foro algunos hombres y mujeres que van y vienen del mercado)

M U S I C A

.

VOZ DE UNA VENDEDORA.- (Dentro)

Tulipanes del campo
¡quien quiere flores!...
Tulipanes y rosas
de mil colores.
Las cogí con el alba,
¡cariño mio!,
que les puso sus besos
con el rocío.

(Minna se acerca al abierto
ventanal y, asomándose, llama
a la vendedora)

MINNA.-

¡Eh, vendedora:
traiga un ramo de flores
para esta moza.

(Se vuelve a la habitación
para coger un cacharro donde
poner la mercancía que acaba
de pedir. Cuando se acerca nue-
vamente al ventanal, es Lud-
gardo el que aparece tras él,
con un gran ramo de flores en
la mano)

MINNA.-

(Sorprendida de ungrito)

¡Ay!

LUDGARDO.- No te asustes de mi, Minna;
toma este ramo de flores.

MINNA.- No te las pedía a ti.

LUDGARDO.- Es lo mismo. No te importe.

(Salta por el ventanal y entra en escena)

MINNA.- ¡Vete!

LUDGARDO.- ¡No me iré!

(Amoroso)

No me iré porque te quiero
porque he puesto dentro el pie
lo mismito que ya puse
en tu cariño mi fé.

¡No me iré!

No me iré, Minna querida,
porque dentro estoy muy bien;
lo mismito que en el agua
dia y noche vive el pez.

¡No me iré!

MINNA.- ¡Si te irás!

Si te irás, porque no puedo
de tu amor fiarme más:
lo mismito que una alondra
cuando vé al gavilán.

¡Si te irás!

Si te irás, porque, Ludgardo,
ya no te puedo mirar,
porque quiero a otra persona
y tú no me importas ya.

¡Si te irás!

LOS DOS.-

¡No me iré!

¡Si te irás!

LUDGARDO.- ¿Qué es lo que dices?

MINNA.- Que ha terminado
ya para siempre
nuestro noviazgo.

LUDGARDO.- ¡No puede ser!

MINNA.- Vete y no vuelvas.

LUDGARDO.- Pero, ¿por qué?
Si no es posible.
No puede ser.

(Ludgardo se echa a llorar
amargamente)

MINNA.- ¡Si te irás!

Si te irás, más que deprisa
porque no puedo agüantar
que presumas a mi costa
de lo que nunca es verdad.

¡Si te riás!

Si te irás, aunque te pongas
de rodillas y a mis pies,
porque entonces he de echarte
fácilmente a puntapiés.

LUDGARDO.- ¡No me iré!

No me iré aunque me digas
que en la vida me has de ver,
por que siempre has de tenerme
de rodillas y a tus pies.

LOS DOS.- ¡No me iré!

¡No me iré!

¡Si te irás!

(Cada uno en un rincón lloran desconsoladamente, secándose las lágrimas como buenamente pueden)

H A B L A D O

- - - - -

LUDGARDO.-

(Todavía jipando)

Pero, ¿es verdad lo que dices?

MINNA.-

Es la verdad más auténtica que jamás dije en mi vida.

LUDGARDO.-

¡Me has dejado de una pieza! Pero ¡se puede saber!...

(Llora a gritos)

MINNA.-

Vamos, deja la llorera. Se acabó nuestro noviazgo ya para siempre, ¿te enteras?.

LUDGARDO.-

Me entero porque lo dices; pero, ¿yo qué te hice, nena, corazón de mis entrañas, agua dulce de mis venas?...

MINNA.-

No seas cursi. ¿La razón?: ¡que ya no te quiero, ~~me~~ cha!

LUDGARDO.-

¿Que no me...? ¿Que no me quieres?

(Como encontrando la salvación saca del bolsillo rápidamente un frasco como el de Fritz en el cuadro anterior)

Toma del frasco, refresca...

MINNA.- ¡No quiero!, puedes marcharte ya, no vaya a ser que venga mi nuevo novio y al verte me diga también ¡refresca!

LUDGARDO.- ¿Tu novio? ¡no!

MINNA.- Si; mi novio.

Yo soy solo la pradera...
y él...el borrego que pace
comiendo mi verde yerba....
Soy solo suya, ¡qué hombre!

LUDGARDO.- Pues entonces, Minna, ¡tiembla!

MINNA.- ¿Vas a vengarte de mí?

LUDGARDO.- Voy a matar a la vieja
que me vendió este licor
para que tú me quisieras!

MINNA.- Pero, ¿es que tú te creías?

LUDGARDO.- Que tu amor era la fuerza
de este elixir.

MINNA.- Pobrecillo.

Pues ya ves que no lo era.

LUDGARDO.- De Flandes soy, y flamenco,
y aunque ella sea flamenca,
se va a tragar este frasco
sin que el casco se devuelva.
Y en cuanto a tu novio...

MINNA.- ¿Qué?.

LUDGARDO.- (Lloroso otra vez)

Le darás la enhorabuena.

No puedo más...adiós, Minna...

MINNA.-

(Emocionada también)

No llores...que me flagelas...

(Ludgardo sale por la puerta con el ramo en la mano, sin dejar de llorar)

MINNA.-

(Viéndole marchar)

¿Qué hacer si mi corazón
gira más que una veleta?

(Vuelve al centro de la escena, suspira y continúa sus quehaceres domésticos. Por la puerta del foro, viniendo del fondo derecha, aparece FRITZ muy compuesto, y también con flores en la mano)

FRITZ.-

(Por Ludgardo)

Creí que no se marchaba.

MINNA.-

(Volviéndose al oírle; con alegría) (e)

¡Ay! Señor Fritz; qué sorpresa.
Pase usted; podéis pasar,
que en la casa se os aprecia
como no os imagináis.

FRITZ,-

Ya sé que aquí sois muy buenas.

MINNA.-

Se os corresponde. Sentaos.

(Muy solícita y coqueta)

FRITZ.-

Qué guapa estás!

MINNA.-

(Contenta)

¿Es de veras?

Además, esos colores
de tu cara...

MINNA.-

Es la vergüenza
que me dan vuestros piropos.

FRITZ.-

¿Ludgardo, no te los echa?

MINNA.-

¿Ludgardo? Ya no es mi novio.
Ya estoy libre de ese pelma.

FRITZ.-

¡Vaya, vaya!

MINNA.-

Es que me gustan
los hombres de más...presencia.

FRITZ.-

¿Y Margarita?

MINNA.-

Está dentro;
dígame a mí lo que quiera,

FRITZ.-

Toma este ramo de flores.

MINNA.-

¿Para mí? ¡qué gentileza!

FRITZ.-

Para ti...y para tu prima...
digo, si es que las acepta.

MINNA.-

Ya lo creo; con lo que
le agradeció a usted que fuera
ayer tarde a la cabaña
para traernos de vuelta...

FRITZ.-

¿Y a qué fué?

MINNA.-

(Disimulando)

Por un remedio
contra el dolor de cabeza.
¡Está ~~tan~~ agradecida
por su atención...que no piensa
más que en vos!

FRITZ.- ¿Es de verdad?.

MINNA.- Ya lo creo.

FRITZ.- Si quisieras...

Oye, Minna, aqui en secreto.

Muy en secreto. Es que ella

nada sabe todavía

del afán con que desea

mi corazón que su amor

por siempre me pertenezcan.

MINNA.- (Sorprendida)

¿Pero es que acaso pensáis?.

FRITZ.- En tu prima.

MINNA.- De manera

que es a Margarita a quien?...

FRITZ.- No sé por qué tu extrañeza.

Las dos bebistéis del filtro

de amor que me dió la vieja

de la cabaña, y yo puedo

elegir la que prefiera.

Y no es que a ti te desprecie...

MINNA.- ¡Pues yo le desprecio, eha!

¡Maldito sea ese filtro,

y el de Ludgardo! ¡Ay, qué pena

ma grande tengo!

(Llora amargamente)

FRITZ.- Mujer...

calma, Minna...

MINNA.- ¡Sinvergüenza!

FRITZ.- No te exaltes, te prometo...

MINNA.- ¡No os acerqueis tan siquiera!
No sois hombre, sois un monstruo
de lo peor de la tierra.

(Tirándole las flores)

¡Tomad, tomad vuestras flores!
¡Son horriblemente feas!

FRITZ.- ¡Buena la hice!

MINNA.- Y ahora mismo
salid; porque si se entera
Margarita...

FRITZ.- ¡Que se entere!,
si es lo que quiero.

MINNA.- ¡Pues sea!

FRITZ.- Dila que es porque la adoro.

MINNA.- Yo no la digo simplezas.

(Iniciando el mutis por la
primera de la izda)

¡Margarita! ven a ver
al señor Fritz ¡sin vergüenza!

(Hace mutis toda acalorada)

FRITZ.- Estoy viendo que esta niña
lo que quiere es que me pierda.

(Recoge las flores esparcidas
por Minna. Por la puerta del
foro, llega ALBERTO, que se
queda extrañado viéndole en
tal actitud)

ALBERTO.- Señor Fritz, ¿qué habéis perdido?.

FRITZ.- Yo creo que la cabeza.

ALBERTO.- (Ríe alegremente)

FRITZ.- No os riáis, amigo Alberto,
porque tengo el corazón
más loco que el de una cabra.

ALBERTO.- ¡Siempre tenéis buen humor!

FRITZ.- Menos en estos momentos,
palabra.

ALBERTO.- ¡Vaya por Dios!
Y siento que sea ahora
cuando os diga que me voy.

FRITZ.- ¿Que os marcháis?.

ALBERTO.- Esta mañana;
ya terminé la labor,
que en vuestra casa tenía.
Y como ví que aquí vos
estábais, me atreví a entrar
y aprovechar la ocasión
para a esta buena familia
decirla también adiós.
¿Y a Margarita, la visteis?.

FRITZ.- La veré, ¡pero yo no sé
sé cómo!

ALBERTO.- ¡Quien me dijera
que iba a sentir un amor
tan grande como el que siento
por ella! Pero me voy...
y ya es fuerza que el olvido

penetre en mi corazón.

FRITZ.- Lo suponía, y por eso,
querido Alberto, yo os doy
las más expresivas gracias.
Dejais aquí un servidor
que por vos va a ser feliz
como nunca lo soñó.

ALBERTO.- ¿Vais a ser por mí dichoso?
No lo entiendo.

FRITZ.- Si, señor.
¡Margarita bebió un filtro
que aquella bruja me dió
y la voy a hacer mi esposa...

ALBERTO.- ¡Que decís!

FRITZ.- Que por su amor,-
y porque vos os marcháis,-
la pido en amores hoy.

ALBERTO.- Pero ¿ella os dijo que sí?

FRITZ.- Ella está aún en el mejor
rincón que haya en el limbo,
sin saber mi pretensión.

(Alberto se queda sorprendido
pero en seguida sonríe dueño
de sí)

ALBERTO.- Pues que sea enhorabuena...
sí es que acepta.

FRITZ.- ¡Cómo no!

ALBERTO.- Yo no volveré jamás.

(Por la escalera de caracol
baja EL ABUELO pensativamente)

ABUELO.- Muy buenos dias...

FRITZ.- Señor

Warthan, buenos dias.

ABUELO.- ¿Qué?

~~suceso~~ ~~bueno~~ acaeció
tan de mañana en mi casa
que he de tener el honor
de recibiros?.

FRITZ.- (Azorado)

Veréis...

mi amigo Alberto, a quien vos
ya conocéis, deseaba
despedirse ya, porque hoy
se marchará para Amberes.

ABUELO.- Si sabéis de un Carillón
que necesite afinarse,
no os olvidéis de que yo
lo haria con mucho gusto,
en siendo cosa de vos.
Más no sé; ese es mi oficio
y a él me aplico con pasión.
Ahora acabo de afinar
el de arriba; era un dolor
como estaban las campanas.

¿No notabáis que la voz
la tenían como triste?.

FRITZ.-

(Exagerando)

¡Ya lo creo! era un dolor.

ABUELO.-

Pues ahora, ya veréis,
cuando cante el Carillón
a la hora del medio día,
qué alegre suena su voz.

ALBERTO.-

Aunque ya estaré distante,
pondré en ello mi atención.

ABUELO.-

Pero, ¿tan pronto os marcháis?

ALBERTO.-

En cuanto les diga adiós
a Minna y a Margarita.

ABUELO.-

Sois muy cumplido.

FRITZ.-

Es favor.

ABUELO.-

Como ahora saldrán, os dejo;
yo voy a tomar el sol.
Sale tan poco ese pícaro
por estas tierras, que yo
no me lo pierdo...en pudiendo.
¡Es tan dulce su calor
a mis años!...

(A Alberto)

Y, lo dicho:
muy buen viaje...y adiós.

ALBERTO.-

(Estrechando su mano)

Adios, señor Warthan; crea
que en mi tiene un servidor,

que no olvidará esta casa...

FRITZ.-

(Interviniendo)

No le entretengáis...Adiós.

(Hace mutis el Abuelo por el foro)

ALBERTO.-

(Rie)

¡Podéis estar bien tranquilo!

Es más, siendo como sois

tanbuen amigo, quisiera

completaros el favor.

Como vos no estáis muy ducho

en cosas del corazón,

si queréis yo me declaro

a Margarita por vos...

FRITZ.-

No me atrevía a pedirlo...

¡pero esa era mi intención!

Comprended^{ve}éis^{ve} a mis años...

y a pesar de aquel licor...

ALBERTO.-

Nada,nada; podéis iros

a la joyeria; yo

iré luego para daros

la feliz contestación.

FRITZ.-

¡Venga un abrazo!

ALBERTO.-

Id tranquilo.

FRITZ.-

Dadle este ramo de flor

en el que puse, en un beso

para ella, ¡mi corazón!

(Hace mutis por el foro derecha, trémulo de emoción y alegría)

ALBERTO.-

(Viéndole marchar, y riendo)

¡Pobre viejo!...Si supiera
lo que pienso en mi interior...

(Por la puerta del primer
término izqda, sale MARGARITA)

MARGARITA.- Señor Fritz, me dice Minna...

ALBERTO.- ¡Margarita! Fritz soy yo.

M U S I C A

.

MARGARITA.- ¡Ay! qué susto me habéis dado...

ALBERTO.- Cuánto siento la impresión.
pero ahora...

MARGARITA.- ¡Qué alegría!
de que fuésemos solo vos!

ALBERTO.- Margarita, he de deciros
que me voy de la ciudad.

MARGARITA.- (Sorprendida. Aparte)

¡Que desgracia la mía!

(A él)

Pues sed feliz.

ALBERTO.- No, Margarita,
yo no puedo
sin tu cariño
ser ya feliz,
para lograrlo

como anhelo,
junto conmigo
tu has de partir.

MARGARITA.- (Turbada)

No comprendo...

ALBERTO.- ¡Margarita!.

ven conmigo que tu dicha
la he forjado con mi amor.

MARGARITA.- Qué difícil es la senda
que nos marca el corazón.

ALBERTO.- ¡No!

Yo te adoro con toda el alma.
Serás feliz.

MARGARITA.- Cuando en el alma nace una estrella,
debe en su cielo siempre lucir.
Bella estrella
de mi destino,
mi camino
alumbrarás.
Eres la aurora
de mi alegría
y la agonía
de mi ansiedad.

(A Alberto)

Mira en mis ojos
los temblores
de unos amores
plenos de luz.

Cuando mis labios
besen los tuyos,
calma su sed
besándolos tú.

ALBERTO.- En el aire
flota alegre el polen
que hace que la tierra
se vista de flor.
En las almas
flotan los cariños
que hacen que la vida
se vista de amor.

H A B L A D O

ALBERTO.- Entonces ¿fías en mi?.

MARGARITA.- Pues si en ti yo no fiara
¿cómo habria de poner
en tus ojos mi mirada
tan francamente?.

ALBERTO.- Asi quiero
que me suenen tus palabras
toda la vida.

MARGARITA.- Y asi
te he de mirar, sin que nada
pueda jamás separarnos.

ALBERTO.- ¿No temes dejar tu casa?.

MARGARITA.- ¿Qué es ella sin tu cariño,
sin esta latente llama
que alumbra todo mi ser
y mi corazón abrasa?
Te quiero Alberto, te quiero.

ALBERTO.- ¡Margarita!.

7 MARGARITA.- En esta estancia
palidecía mi vida
tristemente, sin las ansias
tan siquiera de vivir;
todo a mi lado callaba...
Mi pensamiento dormía,
dormía también el alma,
sin horizontes ni anhelos,
sin ensueños ni esperanzas.

ALBERTO.- ¡Margarita!...

MARGARITA.- Era mi alcoba
silenciosa, toda blanca,
como mis sueños, que aún eran
como aquellos de mi infancia...
Era blanca, pero oscura;
ni la luz de la mañana
se atrevía a penetrar
en ella al llegar el alba.
¿Pudieran llamarme loca,
pudieran llamarme mala,
porque el ver entrar el sol
en la alcoba de mi alma

bendiga yo tanta luz
y se me alegra la cara?
¡Bendito el sol y sus besos
que entraron por mi ventana!

ALBERTO.- Pues si quieres que la vida
por nuestro amor te dé alas,
huye conmigo ahora mismo;
que la dicha nos aguarda.
Pasado el molino viejo
donde el canal grande engarza
sus aguas limpias y alegres
con las del canal que pasa
bordeando la ciudad,
te espero. A nadie le alcanza
que a tal hora puedes ir.
Recoge unas prendas, ¡anda!

MARGARITA.- ¿Por qué ahora mismo?

ALBERTO.- Por-que
la felicidad no aguarda.

MARGARITA.- No tardes.

ALBERTO.- (Haciendo mutis ligero por
el foro)

Ni tú tampoco.

MARGARITA.- (Le ve marchar, se vuelve po-
co a poco, y recorre con sus
ojos toda la escena como des-
pidiéndose de todo. Como diri-
giéndose a cuanto le rodea,
ingénuamente)

¿No es verdad que no soy mala?

(Sale MINNA por la primera de la izqda con un cesto de ropa dirigiéndose a la puerta de la derecha)

MINNA.- ¿Despachaste al señor Fritz?

(Viendo que no está el aludido)

Me alegro.

MARGARITA.- Minna, ¿te marchas?

MINNA.- Voy a dentro, a preparar la ropa de la colada.

MARGARITA.- Voy a mi alcoba.

(Iniciando el mutis por la primera izqda. Se queda parada mirando ir a su prima hacia la derecha por donde hace mutis, y la dirige un beso en la mano)

MINNA.- (Antes del mutis)

¡Ese viejo,

por milagro anda en dos patas!

(Queda la escena sola unos instantes. Se oye dentro nuevamente la voz de la VENDEDORA DE FLORES pregonando su mercancía. A poco sale por donde se fué, Margarita, muy decidida en dirección al foro con un pequeño paquetito en la mano. Al llegar casi a la puerta, la detiene la voz de Minna que ha salido también)

MINNA.- ¿A dónde vas, Margarita ?

(Margarita se para y, sorprendida se vuelve a ella)

¿Por qué te asustas?.

MARGARITA.-

(Reaccionando y pretendiendo disimular)

No...nada...

MINNA.-

(Yendo a ella)

¿A dónde vas?.

MARGARITA.-

A...la calle.

MINNA.-

¡Margarita! ¿Qué te pasa?.

MARGARITA.-

(Más entera)

¡Qué cosas tienes, mujer!

Voy un momento a la plaza.

MINNA.-

¿Vas a ver al señor Fritz?.

MARGARITA.- Déjame, no...

MINNA.-

No es tu cara

la de siempre, ¿estás enferma?

MARGARITA.- Tengo prisa.

MINNA.-

Algo te pasa;

no eres la misma de siempre.

¿Por qué tiemblas? Estás blanca como la nieve; estás fría.

No, tú no sales de casa;

no te dejo.

Margarita.-

(Enérgica)

Minna, ¡déjame!

MINNA.-

Tú estás loca, chica.

MARGARITA.-

Calla.

(Le besa a Minna en la frente)

Déjame ir, te lo ruego.

MINNA.- Pero si tu boca abrasa...

MARGARITA.- Silencio, Minna...Me marchó.

MINNA.- ¿Qué dices?

MARGARITA.- No digas nada
ni al abuelito ni a nadie.

MINNA.- ¿Qué te marchas de esta casa?

MARGARITA.- Me espera Alberto, ¿comprendes?

MINNA.- (Aterrorizada)

¡Margarita! no te vayas.

Vas a hacer una locura.

MARGARITA.- La felicidad me aguarda;
le quiero mas que a mi vida.
Ya volveré.

MINNA.- ¡Desgraciada!

Vuelve en ti. ¡No te vas!

MARGARITA.- (Muy decidida y enérgica)

¡Basta!

Cuida bien del abuelito,
y cuando note mi falta
dile que soy muy feliz
¡porque estoy enamorada!
Dile que ya volveré
para mirarme en el agua
de los canales, que entonces
gozarán al ver mi cara;
y el canal, el aire, el árbol

y la luz de la mañana
se recobrará de gozo...
igual que él lo deseaba....

(Han vuelto a primer término
de la escena. A Minna.

Dame un beso

MINNA.-

(Sollozando)

¡Margarita!

MARGARITA.- No llores, mujer; ten calma.
Te traeré muchos regalos.

MINNA.- Margarita. ¿No me abrazas?.

(Se funden las dos en un apretado abrazo, que deshace al fin Margarita dirigiéndose muy decidida y alegre a la puerta del foro. Minna llorando, la ve marchar, sin poderse mover de donde está. En el momento en que Margarita va a pasar el dintel de la puerta del foro)

M U S I C A

.

(Se oyen claras y enérgicas, vibrantes, las campanas del Carillon; canta la tocata del primer acto. Margarita, al oírlo, se queda parada, vuelve su mirada hacia arriba de la escalera de caracol con extrañeza. El Carillón ataca con más

fuerza su tocata. Minna, sorprendida al escucharle, se vuelve tambien hacia donde Margarita.

Suena el Carillón como un mandato que retiene a Margarita. Esta, muda, pálida e impresionada por la sorpresa, entra nuevamente al centro de la escena. Se vé que su rostro cambia; se emociona, y, al fin, cae de rodillas)

MINNA.- ¿Quien está en el Carillón?.

(En este momento, tras el ventanal del foro, aparece el Abuelo. El Carillón sigue tocando)

MARGARITA.-

(De rodillas. Sugestionada por la voz del Carillón, en la que escucha la de su madre que la detiene en su aventura loca

¡Madre!

¡Madre mia de mi vida!

¡Madre!

¡Relicario de mi amor!

¡Canta!

¡canta siempre, Carillón!

(El abuelo sorprendido por lo que ve y oye, entra en escena y se dirige a la escalera de caracol en tanto que Minna se acerca a Margarita, abrazándose las dos. El Abuelo, en mitad de la escalera y después de mirar hacia lo alto como buscan-

do quien toca, se queda mirando alternativamente al Carrillón y al grupo formado por Margarita y Minna en el centro de la escena.
Poco a poco va cayendo el



T E L O N

+++++

